

Lunes 6 de febrero de 2023

Es tu culpa, todo es tu culpa, tú me miraste primero, me sonreíste primero y te acercaste a hablarme en esa plaza llena de gente. Me elegiste a mí, y ahora estoy enamorada, ahora estamos saliendo, pero ahora me siento reprimida. Pareciera que ya no puedo emocionarme cuando me escribes, o que está de más sentir mariposas cuando me besas, porque tú has cambiado. Ya no te noto nerviosa cuando te digo "te quiero", ya no veo brillo en tus ojos cuando me miras. Mis amigos dicen que es normal, que la llama se apaga, pero mi llama sigue encendida, somos jóvenes, y pareciera que solo estás conmigo porque después de un año de relación te has acostumbrado a mí.

Aún me acuerdo del primer beso, yo lo di. Me mirabas mientras hablabas. Me gusta verte hablar, doy una calada, porque sí, para distraerme, así hago algo, así no tengo que mirarte, así parezco distraída. Me arden las mejillas y tengo las orejas frías, solo estamos tú y yo en una parada de autobús, en una calle vacía. Saco el móvil: Tu autobús viene en tres minutos, 180 segundos, ¡mierda! Solo me hace falta uno de valor. Quiero besarte, lo quiero tanto, creo que me voy a morir aquí mismo. Me fuerzo a mirarte, me cuesta horrores girar la cabeza. El corazón se me va a salir por la boca. Trago saliva para devolverlo a su sitio, y no lo consigo. Me estoy mordiendo el labio, no me doy ni cuenta. Ries, y tu aliento forma una nube de vaho.

Dos minutos. Quiero huir; quiero cogerte la cara; se mueven mis tripas; me siento una cobarde. ¿Por qué no me atrevo? Si hablo, me tiembla la voz; así que me quedo callada, ¿por qué me cuesta tanto?, lanzarme, besarte, me siento ridícula, ya he besado antes, ya he dado otros besos, ¿por qué no puedo besarte? Has dejado de hablar, nos hemos quedado en silencio, no dices nada, no digo nada, tengo una orquesta en el pecho.

Un minuto. En un minuto te vas, lo voy a hacer, lo voy a hacer. Me trago el miedo. Te miro. Me miras. Respiro. Avanzo un poco. No oigo nada. No veo más que tu cara. Te miro la boca. Me miras los ojos. El cigarro me quema los dedos. Un segundo de valentía. Me acerco y te beso. Tú abres la boca, tu aliento y el mio, tu alma y la mía, y me elevo, por encima de la calle, de mi casa, de la ciudad, me voy de aquí, todo se vuelve diminuto. Solo quiero irme de aquí y no volver jamás.

O al menos así sentí yo cada momento, aunque me estoy dando cuenta de que tú nunca lo sentiste con tanta intensidad. Últimamente he estado pensando. Pensando en tí, pensando en mi, en lo nuestro, y he llegado a la conclusión de que si te lo tengo que exigir, no lo quiero. Si te lo tengo que recordar, quédatelo. Si para tí es un esfuerzo, marchate ya. Si mi nombre te tuerce la cara y aburre la boca, prefiero mi paz. Si soy una distracción para tí, ¿qué haces aquí? No quiero esperarte de día y llorarte de noche, No puedo abrirte el pecho para que me pienses, no puedo abrirme el mío para dejar de hacerlo. Así que me voy, me voy de aquí, me voy de tí, de lo que quiera que sea esto. Yo ya no sé no qué nombre darle. Pero no te equivoques,

no te atrevas a pensarlo nunca, ni por un momento: preferiría no hacerlo, preferiría mil veces no hacerlo. Me hubiera gustado que fuera contigo, tenerlo, tenerte, y no tener que despedirme; pero, llegados a este punto tan avanzada la historia, tan repetidas las vueltas, sin ya dirección alguna ya que tu no lo sientes, prefiero quererme yo, por mucho que te quiera y que marcharme me mate.

Adiós Lu

Paula.